

ENTREVISTA A IVONNE VIZCARRA BORDI

INTERVIEW WITH IVONNE VIZCARRA BORDI

Ignacio López Moreno*

* Profesor investigador del Departamento de Procesos Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma. Correo electrónico: i.lopez@correo.ler.uam.mx.

Ivonne Vizcarra Bordi es investigadora del Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales de la Universidad Autónoma del Estado de México (ICAR-UAEM). Desde 1986 ha desarrollado investigación para los pueblos indígenas mazahua, otomí y matlazinca, principalmente en temas relacionados con las problemáticas de género, seguridad alimentaria y medio ambiente. Su trabajo aborda dimensiones que van desde el análisis global y las políticas públicas hasta la nutrición humana, recurriendo para ello a metodologías cualitativas que permiten entrelazar esas dimensiones: la etnografía multisituada, la etnografía institucional y la etnografía ecofeminista. Es asesora de instancias gubernamentales dirigidas a promover la equidad de género en el Estado de México (Instituto Mexiquense de la Mujer y Consejo estatal de la Mujer y Bienestar) y fue co-fundadora del Programa Universitario de Estudios de Género y de la Especialidad de Género, Violencia y Políticas Públicas de la UAEM

Ivonne Vizcarra Bordi is a researcher at the Institute of Agricultural and Rural Sciences of the Autonomous University of the State of Mexico (ICAR-UAEM). Since 1986 she has carried out research for the Mazahua, Otomí and Matlazinca indigenous people, mainly on issues related to gender, food security and the environment. Her work addresses dimensions ranging from global analysis and public policy to human nutrition, using qualitative methodologies that intertwine these dimensions: multi-situated ethnography, institutional ethnography, and ecofeminist ethnography. She is an advisor to government agencies aimed at promoting gender equity in the State of Mexico (Mexiquense Institute for Women and the State Council for Women and Welfare) and was co-founder of the University Program for Gender Studies and the Gender Specialty, Violence and Public Policies of the UAEM.

Ignacio López Moreno: *Muy buenas tardes y gracias por darnos tu valioso tiempo para esta entrevista en nuestra revista An@lítica. Comencemos por tus orígenes: ¿Dónde y cuándo naciste?*

Ivonne Vizcarra Bordi: Fui la hija mayor de cuatro (tres mujeres y él un hombre, el más pequeño). Nací en Tecate, Baja California, el 13 de enero del sesenta. El único que nació en la Ciudad de México fue mi hermano. Vivimos en Tecate cuatro años.

Entonces, ¿tu familia es originalmente de Tecate?

No, mi papá era de Sinaloa. Nació en Rosario en una familia extensa. Descendemos de los primeros Vizcarras que pertenecieron al Virreinato Vizcaíno en ese momento. Mi padre conoció a mi madre en la Ciudad de México (Colonia Santa María la Ribera), cuando él estudiaba en el Instituto Politécnico Nacional.

¿Qué es lo que estudiaste y dónde?

Es algo “bonito”, mi papá y mi mamá ya tenían planeada la vida de sus tres hijas: ser maestras o secretarias porque eran carreras cómodas, tenías empleo rápido y en mi familia fuimos de recursos muy bajos, ya que mi papá fue asalariado del más bajo nivel por no tener su título de ingeniero civil. En estas circunstancias, había que trabajar desde joven para retribuir al hogar. Cuando les dije: no, yo quiero ir a la prepa, casi se mueren porque ahí no trabajas, ahí estudias.

Digamos que tus padres tenían pensado enviarte a hacer una formación profesional, para que fueras secretaria y con 16 años ya estarías trabajando.

Exacto. De hecho, en la Normal de maestros empezabas con secundaria terminada: política de alfabetización rápida en México. Entonces, con terminar la secundaria, y luego cuatro años de normalista, a los dieciocho años ya tenías una plaza de maestro para toda tu vida en la Secretaría de Educación Pública.

¿Cómo se vivía eso para ti? Que de repente te digan: “vas a trabajar de esto y punto”. Y para tu hermano, ¿también tenían pensada toda su vida o cómo funcionaba?

No, llegué yo antes de que este esquema se instalara en casa. Revolucioné el hogar. Aun así, con pocos recursos, mamá hizo lo imposible para que tuviéramos muchas actividades, entre ellas entrar a los *boy scouts*, que para mujeres eran las Guías de México. Es la parte feminista de los *scouts*, en donde no entra ni un hombre, y no es la parte binaria, sino otro movimiento, pero con las mismas enseñanzas. Cuando yo tenía 14 o 15, escuché de mis guadoras: “yo entré a medicina”, “yo estoy en biología”, “yo voy a seguir derecho”, y me decía: ¿qué es esto? Hay posibilidades.

Y mi mamá también le abrió la perspectiva a mi papá, a todas y a todos. Entonces fui al Colegio de Bachilleres. Fue muy difícil para mí porque hacía una hora y media de transporte público. Fui nalgueada por todos lados. Ya tenía 14 años.

Sabemos que el transporte público hoy día es uno de los espacios de más violencia y abuso hacia las mujeres. ¿En aquella época era igual? ¿Ha cambiado?

Ahora puedes señalarlo, antes era normalizado. Ahora ya puedes decirle: ¿qué te pasa? Antes, si decías eso, sentías señalamiento. Es más, ni siquiera sabías qué estaba pasando, no había un nombre para ese fenómeno, no se llamaba violencia, simplemente no existía la violencia en el imaginario ciudadano.

Te daba mucho coraje y sentías que acababan de golpear tu dignidad. Pero nunca, por ser normalizado, nos sentimos contentas con eso. Tuve muchas amigas violadas en el transporte público, y yo tuve una experiencia a los 15 años. En el transporte público, un hombre eyaculó en mi brazo y no supe sino hasta los 18 que eso había sido una eyaculación. Pues claro que nos volvimos rebeldes, muy rebeldes. Yo soy de la tercera ola feminista y nací en el feminismo rebelde de los años setenta.

En el transcurso del bachillerato se creó la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), y luego ahí estudié: en la Unidad Azcapotzalco, del 78 al 82, la licenciatura en administración. Practiqué natación, atletismo y judo, y al mismo tiempo trabajé en despachos de contabilidad para costear mis estudios. Antes de la UAM estudié un año de la licenciatura en turismo. Tenía la cosquillita de viajar, sin embargo, ganó la curiosidad que tenía desde pequeña: buscar respuestas a preguntas que todavía sigo formulando desde otras perspectivas. ¿Por qué los pobres trabajan tanto y no tienen qué comer? ¿Y por qué los ricos se la pasan paseando y les sobra la comida? Son preguntas que me hice a los seis años y me acuerdo muy bien porque vivíamos en una colonia donde veía las dos clases sociales.

Y luego te vas a Canadá y haces una maestría en economía social

Estudié la maestría en economía rural en la Facultad de la alimentación y la agricultura, en la Universidad Laval en Quebec, Canadá, del 83 al 86. Allá aprendí francés. Era precandidata a una beca del ministerio de educación, pues ya tenía una carta de aceptación condicionada a la maestría, pero como no sabía francés, me aventuré con mis pocos ahorros para irme antes de saber que sería seleccionada para una beca. Tomé un autobús con mis 23 años y propios miedos, agarré mi mochila hasta Quebec. El viaje duró seis días. Tomé un curso de verano de la lengua en la propia universidad. Después de ser seleccionada, me ofrecieron un semestre más para aprender el francés y otro semestre de pre-requisitos, pues no era economista. De esta manera, la maestría en realidad la comencé en septiembre de 1984.

¿Cuál es la diferencia entre estudiar en Quebec y estudiar en la Ciudad de México?

En Quebec hay algo muy extraño, hablando del feminismo. Cuando ya estábamos estudiando, lo hacíamos en mesas redondas porque éramos muy pocos, tres mujeres, y después entró una cuarta y ocho hombres. En esa ocasión, una de ellas, Helen, me dice: “¿te das cuenta? Ya somos más mujeres estudiando economía”. Pensé: por qué dice esto, ya que en la UAM éramos mitad y mitad, pero en Quebec, y en la Universidad Laval, me di cuenta de que había un feminismo diferenciado. Se tenía que hablar y remarcar constantemente las hazañas de las mujeres: “ya somos tantas mujeres, ya hacemos esto, etc.” En cambio, en México, nuestras antecesoras abrieron las puertas más grandes con el movimiento del 68. No requeríamos hablarlo o hacerlo notar, aunque tampoco estaba tan mal decir cuántas mujeres cursaban las diferentes carreras donde estudiábamos. Lo que no sabía, y aprendí con la experiencia, es que ciertas carreras estaban estigmatizadas. Por ejemplo, la economía agrícola, y en general las ciencias agronómicas, en Canadá eran masculinizadas. De hecho, no había ni una profesora en el departamento de economía rural de la Universidad Laval.

Me la pasé bien en Canadá, porque allá comulgar con las comunidades latinas, y en particular con las mexicanas, era lo mejor que te podía pasar, sobre todo cuando no dominabas el idioma ni el sistema universitario. Las comunidades latinas te van abriendo puertas, te dicen cómo tomar el autobús, tener credenciales, emplear las bibliotecas, fotocopiar, abrir cuentas en los bancos, etc. Recuerdo que en un inicio no tenía ni un quinto. Ahí sí conocí el hambre. Recogía todos los centavos que podía en lo que llegaba la primera beca.

Como siempre me ha gustado mucho el deporte, me inscribí al Pabellón del deporte, con unas instalaciones hermosas, de envidia. Las diferentes actividades deportivas me dieron la oportunidad de tener nuevos amigos, amigas, y de hacer grandes recorridos en bicicleta en las diferentes regiones quebequenses. La bicicleta fue mi primer vehículo, pues es fácil comprarlas de segunda mano, como fue la mía. Ese es un transporte más o menos seguro y no hay violencia en las calles. Allá aprendí que lo que vivíamos en México las mujeres desde niñas se llamaba violencia. Poco a poco me adapté a vivir en Quebec, hasta llegué a ser la presidenta de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en la Universidad Laval. Tuve que aprender sobre relaciones públicas, conocer las oficinas de asuntos internacionales, el manejo de las casas de estudiantes para refugiados (como la de Guatemala, El Salvador, etc.). En ese entonces era muy activa.

En la época de estudios de maestría tuve mucho éxito al tener de director de tesis al jefe del departamento de economía. Era francés y discípulo de Luis Malassis, padre de la economía agroalimentaria. Tuve grandes maestros y los proyectos

llegaban de la FAO¹ directamente a manos de mi director, ya que era un consultor reconocido y nosotros, sus estudiantes, trabajamos en algunos encargos. Por ejemplo, me tocó formar parte del proyecto de seguridad alimentaria de Senegal. Pero mi tesis fue sobre un modelo bimodal del consumo agroalimentario en México. Trabajamos con modelos econométricos: cómo los campesinos sostienen los grandes consumos de masas urbanas.

En la economía rural comencé a ver a las mujeres campesinas. Desde entonces tengo esta misión: saber quiénes son, cómo son, por qué no las vemos y demás preguntas. Se despertó el interés, a pesar de que no se asomaba como tema de investigación.

No existían entonces, como sujetos ni cómo objetos de estudio.

Completamente invisibles. Creo que el primer estudio publicado fue en los ochenta, pero difundido después, cuando la tercera ola feminista ya estaba en su apogeo en Canadá.

Para las personas que no te han conocido o que quieren acercarse al feminismo, ¿qué son las olas?

Con el término “olas” se alude a las diferentes etapas del movimiento feminista en la historia. La primera ola del feminismo nace precisamente cuando las francesas que participaban en la revolución cuestionaron los derechos y garantías individuales, pues, siendo que ellas trabajaron muchísimo para consumir la revolución, no obtuvieron reconocimiento social en la historia. Tenían papeles muy importantes: transcribir, corregir ideas, transportar mensajes secretos, etc. Siempre ha habido mujeres en las revoluciones de las ideas, en las ciencias y tecnologías, y en las expresiones artísticas, pero estaban ocultas. Si bien algunas eran más visibles que otras, por lo general tenían que esconderse detrás de un hombre para poder difundir sus talentos y obras.

Regresando a la cuestión de las revoluciones y las olas, y sabiendo que las mujeres siempre han estado ahí, las luchas se visibilizaron precisamente en la primera ola, la de los derechos individuales, llamados derechos del hombre. Las revolucionarias buscaban que las mujeres también fueran incluidas en estos derechos constitucionales. Claro que no fue fácil. Aún seguimos viendo que en varios países la lucha continúa.

Esas mujeres europeas fueron las primeras en impulsar un proyecto feminista: y nosotras qué, y nosotras cuándo, dónde estamos. Claro que todos los mecanismos de control para no visibilizar esas luchas fueron represivos. Esa primera ola coincide

¹ Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, conocida como FAO por su nombre en inglés: *Food and Agriculture Organization of the United Nations*.

con la gestación del Estado de derecho, sobre todo el Estado-nación (sin mujeres). Nociones que reforzaron las estructuras patriarcales, obviamente.

Considero que la primera ola en México fue asociada al primer congreso feminista, dirigido por Elvia Carrillo Puerto, la hermana del presidente, en 1916 y siguiendo el patrón de varios congresos internacionales. Eran mujeres letradas y algunas con estudios en el extranjero. A partir de entonces, en el proyecto postrevolucionario se realizaron algunos congresos nacionales de mujeres obreras y campesinas (1931-36) y se empezaron a crear clubes feministas, donde la ideología era, sobre todo, socialista. Esa es otra de las características: todos estos movimientos y clubes eran por demandas auténticas, remarcando las desventajas entre mujeres y hombres y clases sociales.

La segunda ola está asociada al movimiento sufragista, lucha dirigida al derecho al voto y los derechos políticos. Una lucha de reconocimientos de las voces femeninas para tomar decisiones en colectivo. Este movimiento surgió en Inglaterra, pero retumbó en otros países, como en Estados Unidos a finales del siglo XIX, y llegó a México hasta 1953.

¿Crees que hay en el germen del feminismo una versión política de izquierdas? ¿Se puede ser feminista de derechas?

Una categoría subordinada al patriarcado lo es también al capitalismo, al colonialismo y a otras formas de dominio como las religiones. Ciertamente, en la actualidad hay mujeres que tienen sus clubes y asociaciones de mujeres empresarias, emprendedoras, y quienes son capitalistas, algunas clasistas y otras racistas, dependiendo del contexto histórico donde se sitúen; asimismo, hay muchas mujeres de la iglesia católica que están conformando nuevas ligas de mujeres por el derecho a decidir, sin embargo, el feminismo sí nace con esta historia de antimonarquismo, antitotalitarismo, antiautoritarismo. En la primera ola eran mujeres con demandas de reivindicación, que los derechos de las personas sean de hombres y mujeres por igual. La segunda ola fue más política, ideológica y representativa para la vida pública, aún restringida para las mujeres: si nosotras votamos podemos empezar a cambiar la historia de las mujeres y eso no puede ser de derecha, tiene que ser en contra de las convenciones heteropatriarcales burguesas que regían en ese entonces.

Por lo que comentas, siempre hay un germen de antisistema, pero me imagino que también existen posiciones revolucionarias, reformistas y del tipo aliadistas y aliadistas.

Hay de todo, por eso ahora se habla de feminismos, y la riqueza está en ellos, en sus diversas propuestas, a veces antagónicas entre sí. La tercera ola se registra en los años sesenta y se conjuga con el movimiento de los derechos civiles en

Estados Unidos, en el que los afrodescendientes empiezan a exigir de una manera legítima que se les reconozcan todos los derechos de la Constitución, y ahí el movimiento feminista libertador y pacifista se manifiesta con mayor fuerza. Existe una gran influencia socialista-marxista en esa época. Las feministas marxistas decían: “hay un encantamiento con el marxismo, pero también tenemos que divorciarnos de él porque no estamos consideradas en ninguno de sus manifiestos. De hecho, nosotras somos la fuerza que sostiene la plusvalía porque no cobramos por planchar”.

Nos metieron en una institución romantizada que se llama casa, matrimonio y hogar, sin importar el color, la clase o religión. Recuerda que los esclavos, las mujeres y los niños no teníamos derecho a gobernar, sino que nuestro máximo derecho era ser gobernados y gobernadas.

Estuve leyendo un análisis histórico desde una perspectiva feminista de la posición de la mujer en la familia. Señala que donde hay más opresión hacia la mujer es en la familia burguesa europea, es decir, cuanto más elitista era la unidad familiar más represión existía hacia la mujer. La etnografía muestra que, en los grupos subalternos, las mujeres tenían una posición mucho más horizontal que en los grupos hegemónicos. Es una paradoja que nos habla de un “espacio de libertad” dentro de un sistema opresivo, y de cómo la mujer es oprimida incluso cuando se supone que es privilegiada.

Una de las luchas que ha sido constante es el derecho a la educación, porque al parecer era un privilegio de clase para algunas mujeres, sobre todo extranjeras o hijas de extranjeros. Cuando las olas llegaron a México, los países europeos y los Estados Unidos llevaban varias décadas de lucha, conquistas y movilizaciones. La primera y segunda olas llegaron cien años después, pero la tercera ola, ocurrida entre los sesenta y los ochenta, llegó solo veinte años después gracias a las conquistas de las mujeres que buscaban el acceso a la educación gratuita y laica. Eso era muy importante para el avance de las sociedades en su conjunto.

En los años cincuenta se concretizan muchos movimientos. Las mujeres en las artes, en la educación y en las ciencias. Se empiezan a manifestar con mayor fuerza nuestras demandas, pero no como movimiento social explícito, sino como siempre ha sido en México, metiéndonos en el cambio por sinergia o por necesidad. Las consecuencias, los contextos, las convergencias, se dan y de repente ya estás estudiando y estás haciendo fútbol americano. Por supuesto que sí había quienes se manifestaban de otras maneras. Yo digo que esta forma de hacerse presente es nuestra revolución cultural, la que no ha derramado una gota de sangre del adversario. Para triunfar en nuestras revoluciones, solo tenemos que seguir luchando, estando, siendo, con gritos y más gritos, para que no nos vuelvan a

silenciar. Por ejemplo, en el 68 muchas jóvenes ya estaban en las prepas, empezaban las universidades y algunas fueron desaparecidas y asesinadas en el movimiento, y seguido las veían como acompañantes y no como parte del movimiento.

Recuerdo bien haberlas visto porque yo misma fui parte de una manifestación enorme con mi mamá y mi papá. En ese colectivo de hombres y mujeres todavía no veíamos las desventajas de género, solo de clase. Esas desventajas las llegamos a marcar con el tiempo, cuando llegamos finalmente a los empleos, al trabajo y a enfrentarnos a las ataduras domésticas del hogar. Y ahí empiezan las demandas de los ochenta, las mujeres en el desarrollo se institucionalizan —a mí no me gustó nunca eso—, pero gracias a la ONU Mujeres está la CEDAW,² que era una institución que promovía la capacitación de las mujeres, pues se creía que cuando éstas tuvieran acceso a trabajos remunerados (precarios) y contaran con sus propios recursos, lograrían su emancipación del yugo masculino. Así, siendo activas económicamente, podían tomar decisiones, ir modificando las desigualdades. Por eso se llamó *mujeres en el desarrollo*, poniendo el acento en la independencia económica, pero en realidad lo que se logró fue aumentar las horas de trabajo femenino.

¿Cómo llegas a incorporar la perspectiva de género?

No conocía la perspectiva de género, no estaba en mi agenda de trabajo. Estaba enfocada en estudiar a la pobreza, el hambre y la desnutrición, en suma, la seguridad alimentaria. El movimiento 68 sí fue una pauta para que las mujeres entráramos a las universidades, pero creo que no reformamos mucho, aunque sí estuvimos más visibles. Creamos *masa crítica feminista*, tema actual en el que trabajo. Esa masa crítica es la que permite a todas las mujeres estar hablando de género. Las maestras que empezaron a manifestar su interés feminista desde la antropología, la sociología, filosofía y la psicología han hecho eco de este movimiento. Fueron las grandes maestras de la UNAM quienes picaron piedra para hacer del feminismo una perspectiva teórica.

¿Y cuándo llegas tú a la academia?

Por el “*Team Toluca*” (autoridades académico-administrativas de la Universidad Autónoma del Estado de México [UAEM]), quienes se encontraban en un viaje en Canadá para realizar convenios con algunas universidades (antes viajaban mucho) y, en una reunión con mi director de tesis, en 1986, suplí a un compañero de Toluca en la traducción del encuentro, el cual terminó finalmente con un ofrecimiento de trabajo. Me dicen: “mira, vamos a crear un centro de

² Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer, CEDAW por sus siglas en inglés (Convention on the Elimination of all Forms of Discrimination Against Women).

investigación en la universidad, creo que el primero va a ser en Ciencias Agropecuarias (CICA)³ y nos gustaría que fueras parte del personal académico de este centro. Queremos que venga gente mexicana que estudió en el extranjero para reforzar la investigación en la UAEM, que no existe prácticamente”.

Así es que viajé en mayo a Toluca, llegué justo al día siguiente que se creó el Centro (25 de mayo de 1986) para entrevistarme con el doctor Carlos Arriaga, recién nombrado coordinador del CICA. Le dije: bueno, qué padre formar parte de este proyecto, pero no puedo trabajar ahora, debo regresar a terminar correcciones de mi tesis, puedo integrarme a partir del 15 agosto, y así fue. Le dije a mi pareja: ¡Oye, Beto! ¿Qué crees? (no habíamos vivido juntos, nos casamos en mis vacaciones de diciembre en 1985 y regresé a Quebec a terminar la maestría) ¡Vamos a vivir juntos, pero en Toluca! Él trabajaba en México, en Naucalpan.

Desde ese día empecé a ser investigadora del CICA. La más joven, la única mujer, la chica de ciencias sociales, porque el equipo del centro se conformó con tres veterinarios, un edafólogo, un químico y dos agrónomos, aunque uno de ellos estaba estudiando su maestría en sociología. La idea era hacer interdisciplina y desde entonces mi trabajo intenta ser interdisciplinario.

¿Cómo se empieza a trabajar en un espacio que, me imagino, era bastante masculino también? No solamente en lo cuantitativo, sino en lo cualitativo. ¿Cómo funciona el hecho de ser mujer y estar en esos espacios?

Pues no me costó nada de trabajo. Todo lo contrario, era súper respetada en todo lo que yo decía, en mis opiniones. Nunca fui llamada. Carlos Arriaga, él venía de Inglaterra, también traía una perspectiva feminista, bastante abierto, y en la UAEM ya había mujeres con estudios de posgrado. Ya estábamos empezando a hacer tintes femeninos en una universidad dominada por hombres.

Con los estudiantes sí tuve muchos problemas, y con otros profesores fuera del CICA. Si bien en el centro reinaba el respeto, en cuanto comencé a estudiar género cambiaron algunas relaciones.

La mujer feminista puede ser un “problema”.

Es una perspectiva que incomoda. Te vuelves transgresora. Recuerdo que fuimos a un picnic de familias del CICA y uno de los maestros me dice: “oye va a venir mi esposa y mis hijas, pero no le platiques nada de tus pensamientos, no me la vayas a contaminar”. Finalmente, ella terminó haciendo un doctorado, así que sí se contaminó.

Ahí en el Centro empecé a estudiar mujeres en la agricultura. Primero, mujeres

³ El CICA se creó en 1986, cambiando su nombre en 2008 a Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales (ICAR) de la Universidad Autónoma del Estado de México.

porque era lo que existía. Género empecé en el 92. En ese inter tuve dos hijos y una hija. Esa fue una etapa difícil porque me los tenía que llevar a trabajar.

Hoy día se toman con mucha naturalidad los conceptos de doble y triple jornada. ¿Cómo se vivió en ese momento?

En México tenemos mucho el apoyo de nuestras madres (las abuelas). En mi caso no fue así. Además, entendí perfectamente de que no era su papel. Quienes decidimos tener hijos e hija, fuimos Beto y yo para criarlos ambos y no las abuelas. Fue muy difícil, porque a Beto no los veíamos más que a las ocho de la mañana y de nuevo a las diez de la noche, cuando regresaba de trabajar. Esa primera parte de la maternidad fue muy difícil. Creo que renuncié dos veces al trabajo, pero mis compañeros entendían y a los diez minutos regresaba a disculparme y a seguir con la rutina. Afortunadamente, en ese entonces no había el exceso de trabajo que tenemos ahora. No había “punitis”. Ganábamos poco, pues no había sobresueldos ni becas de desempeño. Tampoco había la premura de tener artículos y capítulos, sino que nuestro trabajo era el debate, la reflexión y la lectura, tal vez poco creativos y productivos, pero no teníamos prisa. No éramos lo que hoy conocemos como productivistas académicos en sistemas meritocráticos.

Éramos creadores del pensamiento, debatíamos, hicimos muchas actividades ligadas a la interdisciplina, y hasta a la transdisciplina. Pasamos de la economía rural a los sistemas campesinos de producción. Trabajamos desde el marxismo y realizamos colectivamente un marco teórico bastante complejo. Pasados unos años el marxismo se guardó. Tuvimos muchas fricciones, rupturas dentro del pequeño centro-equipos. De repente yo también fui una de esas inconformes y me fui un año sin goce de sueldo. En ese año estudié en la UNAM un diplomado con Margarita Velázquez, Úrsula Oswald y Kirsten Appendini. Ahí conocí el mundo feminista del medioambiente.

Cuéntanos, desde el punto de vista disciplinario, sobre la apertura a ese tipo de cuestiones.

Hay una anécdota que siempre me gusta contar, de cuando decidimos trabajar para el campo y con el campesino (era una propuesta que ya estaba gestándose en Francia). Comenzábamos a trabajar de campesino a campesino. Íbamos a aprender y decidimos que todos nuestros estudios iban a ser antilaboratorios, *exsitu*. Todo nuestro trabajo de campo debería realizarse en las parcelas campesinas, con sus conocimientos, con sus propias técnicas y juntos mejorar sus vidas.

Un dialogo de saberes epistémicos

Así iba a ser. Nos daba tiempo para reflexionar tantas cosas: cómo íbamos a llegar, dialogar, trabajar en conjunto. En 1987 nos prestaron una combi de la universidad y fuimos a encontrarnos con la realidad del campo, con los más pobres

de los pobres del Estado de México: la población mazahua en San Felipe del Progreso.

El “Team del CICA” tuvo su primer acercamiento, pero con diferentes visiones disciplinares. El edafólogo decía: “hacen terrazas para la conservación de suelos”; el veterinario zootecnista: “aquí tienen muchos borregos, entonces podemos hacer esto y el otro”; y otro investigador: “pues también hay vacas, pequeños establos, pastoreo de agostadero, aquí sí podríamos hacer hatos lecheros campesinos”; el agrónomo: “miren, se practica selección masal del maíz”; el químico con maestría en microbiología de suelos: “la combinación de maíz con habas promueve la fijación de nitrógeno en los microorganismos”. Yo, de 26 años e inexperta, me dije: y yo, ¿qué veo? Mujeres, niños y ancianos.

Llegamos preguntando: “¿está el señor? No, no está, venga mañana”. Y no platicábamos con nadie porque no estaban los señores del campo, aunque yo sí platicaba bastante, con las señoras. Entonces, ¿por qué no hablamos de lo que sí hay en el campo? ¿Por qué hablamos de las vacas, en lugar de las personas que cuidan las vacas, los borregos, etcétera? Si las personas son mujeres, niños y ancianos, hablemos con ellas y ellos. Desde ahí no he quitado el dedo del renglón.

Hay un momento en que tienes que hacer un doctorado también. ¿Qué te llamó?

Nuestros estudiantes empiezan a tener becas de licenciatura, de maestría, y unos de mis estudiantes, de doctorado directo en Inglaterra. Claro, para mí era imposible, con tres bebés, pensar en seguir formándome, aunque sí lo intenté y fue muy difícil.

Intenté ir a la Ibero. Me aceptaron en el doctorado de antropología, pero duré las tres primeras semanas, ya que la universidad solo me dio una descarga horaria de 16 horas a la semana.

Un día venía de regreso de la Ibero y casi me mato en la carretera. Iba acelerada porque los niños y la niña salían de la escuela y no tenía apoyo para que alguien se encargara de recogerlos. Después de dormir a las criaturas entre las nueve y diez de la noche y arreglar sus uniformes, *lunches*, etc., iniciaba las lecturas y me quedaba dormida. Trabajaba, estudiaba y tenía la crianza. Dije no, aquí se acabó antropología en la Ibero. Lo intenté también en la UNAM, pero con la misma condición de permisos.

Ya tenía presión en la universidad de estudiar el doctorado, pues empezaba la “punitis” y esos reconocimientos de becas (sobresueldos). También necesitaba salir porque el ambiente del CICA no me estaba gustando. Comenzábamos a caer en los vicios disciplinares y competitivos. Creo que ese esquema de reconocimientos individuales fracturó los principios con los que creamos el CICA. Cada uno empezó a trabajar por su lado. Precisamente, eso es lo que hace el productivismo: nos separa

del conocimiento interdisciplinar. Por más que se difunde la necesidad de realizar trabajo en colectivo, a la mera hora: “tú qué eres, autor o autora, y tú, qué tienes”. Perverso pero real.

Como rebelde insisto en que debemos ser gente creativa, propositiva, que sí resuelve y es proactiva. De esa insatisfacción, pensé: voy a ir a Inglaterra con estas becas, pero Antonio Arellano, que estaba haciendo el doctorado en antropología, me dijo: “por qué no vienes otra vez a la Universidad Laval, ya la conoces, es tu idioma, tienes tres niños, es muy difícil empezar todo de nuevo, así que ánimo. Y le dije a Beto: quiero hacer el doctorado en la Universidad Laval. Al final, conseguí varios apoyos y en 1996 nos fuimos toda la familia a Quebec. Tampoco fue fácil, pero al menos tenía más tiempo.

Hice el doctorado en antropología social, pero, dado que no soy antropóloga de formación, tuve que hacer un año en la licenciatura. Por supuesto, me desesperé: exámenes, trabajitos y familia que estaba aprendiendo francés. Recuerdo que llegamos el dos de septiembre y el tres ya estaba trabajando en la universidad y arreglando casa, escuelas, niños.

Me aceptarían en el doctorado hasta que tuviera un perfil de antropología. Hasta me planteé regresar a México. Me decía: yo vine a hacer un doctorado, no trabajitos de licenciatura. Se supone que yo ya era investigadora, ya tenía un perfil diferente. Así que, en diciembre de ese mismo año, terminando todos mis cursos, pedí que me evaluaran para comenzar el doctorado en enero y no en septiembre del 97, y así fue como comencé el doctorado que terminé en diciembre del 2000.

Recuerdo que en tu tesis ya había una lectura explícitamente feminista

Estudí las relaciones de poder y resistencia que el sistema alimentario en torno al maíz ejerce sobre las mujeres más pobres de México, las mujeres indígenas, para poder acceder todos los días al menos a un taco y así darle de comer a sus hijos. Me incliné por la multi perspectiva: la ecología política feminista, la economía moral y la etnohistoria contada desde las y los propios protagonistas, la otra historia. Fui construyendo ocho grandes capítulos. Fueron 550 páginas y tuve que parar. Le dije a mi directora de tesis, Marie France Labrecque: creo que ya le dejo hasta aquí. Me aplaudió por ello. Ella es de las más feministas que conocí en la universidad, gracias a ella aprendí bastante. Al llegar a México, en 2001, metí la tesis a un concurso de la AMER.⁴ Yo ni sabía qué era la AMER, pero lo vi anunciado en el CICA.

¿Qué hace que un estudio sea feminista? ¿Podrías hacer una pequeña síntesis?

El feminismo es un posicionamiento académico que ha sido reconocido como

⁴ AMER son las siglas de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales. La tesis referida lleva por título *Entre el taco mazahua y el mundo: la comida de las relaciones de poder, resistencia e identidades* y fue galardonada en 2001 como la mejor investigación del campo mexicano.

un aporte a la teoría social y a otras teorías (economía, psicología, etc.). Ciertamente, no es una ciencia, pero sí se ha reconocido como una postura que tiene suficientes elementos para teorizar. Fue a través del ejercicio de *rupturas epistémicas* que nos constituyó y dio fortalezas teóricas-metodológicas y políticas. Por ejemplo, con el antibiologismo: no somos mujeres brutas por naturaleza, no hay división sexual del trabajo por naturaleza, “por ser mujer, es natural que seas madre”, “porque eres hombre, te toca trabajar”, etc. La desbiologización del ser mujer u hombre es una de las primeras rupturas, pero hubo muchas otras del sistema sexo-género.

Desde la antropología se estudia la asignación de género según la diferencia biológica, pero también se estudia en la cultura, en el tiempo donde te tocó nacer. Visto así, el género no solo se asigna, también tienes que adquirirlo. Tienes que hacer cosas para que pertenezcas a un género, femenino o masculino. Transgredir los sistemas binarios a partir de la diferencia sexual ha sido una conquista teórica.

Otra cosa que estamos viendo es que no todas las mujeres que quieren liberarse de los yugos patriarcales se sienten representadas por los feminismos actuales. Empiezan a emerger otras corrientes feministas, como las afroamericanas o las del sur global, y que no siempre empatizan con las propuestas occidentales. Por ejemplo, el feminismo comunitario es fuertemente criticado por la falta de un proyecto auténticamente feminista. Y a las que coqueteamos con varias corrientes, e incluso las bien casadas con las teorías sólidas, nos ha costado mucho fortalecer las estructuras epistémicas, ontológicas y metodológicas. Ya rompimos la *episteme*, ahora falta toda la parte ontológica para constituir la teoría.

Imagínate, las mujeres indígenas defendiendo sus territorios contra los megaproyectos. ¿Qué no tienen sentido o algún anhelo en ser otras mujeres? ¿Será una ruptura ontológica? Al parecer importan mucho estas preguntas, pero es importante reconocer que ninguna teoría nace siendo teoría, se construye, y los otros feminismos eso hacen, ir construyendo propuestas y no sólo para subsistir en la academia, sino, sobre todo, para fortalecer movimientos indígenas y movimientos de mujeres Otras.

Las mujeres y los hombres todavía seguimos siendo presas de debilidades sistémicas estructurales, y dentro de éstas las mujeres todavía más, porque nos violan, asesinan y nos persiguen cuando gritamos. Seguimos siendo intrusas en nuestros propios países. Estos nuevos movimientos de colectivos feministas hay que escucharlos. Son de jóvenes que pintan y destruyen, pero tienen unas demandas muy fuertes. Es el momento de ellas, tenemos que acompañarlas y escucharlas para que no haya un divorcio total. Y ese acompañamiento creo que nos hace falta. Hay que saber escuchar, hay que comprender, porque en nuestra época también éramos locas y rebeldes. Por ejemplo, las francesas se quitaron los brasieres en público,

porque el brasier significa “sostenimiento de gargantas” y en su rebeldía querían no ser sometidas. Ahora vemos pelos afuera para evitar la dictadura de los cuerpos objetivizados y mercantilizados. Claro, es una forma de decir que todavía nos falta muchísimo, seguimos siendo violadas, nos reemplazan fácilmente, si nos matan nadie busca al asesino habiéndolo señalado toda la sociedad, o sea, todavía hay muchísimas cosas por trabajar.

¿Hablamos de una cuarta ola, Ivonne, o simplemente sigue siendo una nueva generación de la tercera? ¿Son los derechos civiles o ya estamos viendo otro tipo de derechos?

El nuevo movimiento feminista tiene que ver con los derechos civiles de la raza negra, pero también con los pueblos indígenas, con su voz, y es ahí donde empiezan las nuevas *epistemes* del sur. La descolonización está en esa época, al igual que se da el levantamiento del movimiento *gay* y lésbico y que ahora está aumentando gracias al *queer*, donde los sistemas no binarios se consideran una nueva conquista social, que de por sí ya eran parte de los rompimientos epistémicos, pero no lo habíamos concretado ontológicamente para todos, todas y todes.

Se puede decir que la cuarta ola comienza con el siglo XXI. La antesala, supongo, se da en los años 90, cuando madura la tercera ola, y en la que las luchas antipatriarcales y anticapitalistas se dan en términos de construir una cultura de paz. Emerge la necesidad de conciliarse con la naturaleza, con nuevas relaciones que ofrezcan armonías entre hombres, mujeres y seres vivos no humanos. Se buscaba que los hombres también estén en las esferas femeninas para poder desbaratar el binarismo de lo femenino-masculino. Ahora que lo pienso, creo que seguimos madurando esas intensiones. Cierto, todas las olas son en sí transitivas. Es probable que estemos en una transición, y cuando pase la transición y se pueda constituir y visualizar otro nuevo fenómeno, entonces se podrá decir que lo vivido en esta época fue una cuarta ola. Mientras son peras o son manzanas, vivámosla y formemos parte de ella.

De cara al cierre de esta entrevista, ¿hacia dónde estamos yendo? Y también te pediría una pequeña reflexión: ¿qué podemos hacer los hombres?

Yo a mis estudiantes les decía que sí hay hombres feministas, pero las mujeres más radicales dicen: “un hombre no puede ser nunca feminista”, y tal vez tienen razón, aunque si el feminismo es un movimiento social, ¿por qué no? No lo sé, mientras tanto, sostengo que debemos fomentar hombres antipatriarcales, pues anticapitalistas siempre los ha habido.

Aunque parezca burdo, tener un lenguaje incluyente es un paso, así como tener una sensibilidad a la no violencia contra las mujeres y protestar por ello en tu espacio, donde te toca, por ejemplo, en los WhatsApp de hombres, en los clubes, etc.

Por ejemplo, a mi esposo le mandan todo el tiempo pornografía y chistes misóginos y una manera de participar es no abrirlos, no difundirlos ni reírse porque una de ellas puede ser tu hija. Es una manera de terminar con códigos masculinos, aceptar que, en las nuevas masculinidades, se buscan demandas que no corresponden a los mandatos patriarcales: el derecho a la paternidad plena y a otros trabajos que han sido segregados por su sexo, como cuidar bebés. Son ese tipo de gestos y acciones que debemos difundir. No debemos parar de protestar y tenemos que seguir visibilizando todas aquellas formas de dominio patriarcal que se están gestando y no nos damos cuenta de ello. Las mismas prácticas por las que hemos luchado para que no existan, discriminación, exclusión, marginación, violencia, las ejercemos de alguna manera porque están en nuestra sangre, se nos olvida y las reproducimos. Es muy fácil caer en esa parte de las relaciones de opresión.

En este mundo de conciencias, de reflexión, de estarnos dando cuenta a cada rato de cuándo y cómo nos equivocamos, iremos cambiando. Poco a poco, y mientras haya voluntad, daremos un paso a la vez. Le digo a las y los jóvenes de las universidades: lo que están haciendo lo están haciendo muy bien.

Si miras hacia atrás, ¿crees que hemos avanzado a pesar de todos los feminicidios, a pesar de todas las violencias que siguen existiendo? Porque por ahí, como decían falsamente atribuido a Cervantes, “ladran, luego cabalgamos.”⁵ ¿Cómo ves esa parte? Desde lo personal, desde Ivonne.

Sí, sí hemos avanzado, aunque no como quisiéramos. Por eso seguimos en lucha, seguimos insistiendo en incluir un curso obligatorio sobre *Introducción a los estudios de género* en todas las carreras en la universidad, pero sigue siendo optativa y sólo en algunas.

Pareciera que luchamos para nada, pero creo que finalmente hay retumbos multi tiempo y multidimensionales. Nosotras estudiamos consecuencias dentro de las estructuras, pero es probable que lo que estemos estudiando ahora sea una respuesta que no tenga que ver con una acción anterior, sino con otra de otros tiempos que apenas están emergiendo, o sea, es una lucha no lineal.

Vemos los Juegos Olímpicos de verano en Tokio, fueron los juegos con más equidad de género en la historia. Claro, no hay nado sincronizado de hombres, pero probablemente habrá. No sé si hay otro deporte donde no haya una representación de ambos géneros, aun así, con todo y las competencias mixtas, algunas chicas

⁵ La frase, junto con sus variaciones (por ejemplo, “Ladran, Sancho, señal que cabalgamos”), se suele plantear en dos sentidos: 1) que algo avanza a pesar de las críticas, 2) y que las opiniones o actitudes de los demás son señal de que se está haciendo algo relevante. Como señala el entrevistador, en numerosas ocasiones se ha afirmado que dicha frase aparece en *Don Quijote de la Mancha*, sin embargo, ésta no aparece en la obra de Cervantes.

protestaron para hacer suyas las demandas de igualdad de género: “nosotras somos deportistas, no modelos de trajes de baño”, “no nos critiquemos unas a las otras”. Presenciamos un movimiento mundial, un movimiento nacional, pero también múltiples movimientos locales, donde existen mujeres que regresan a sus comunidades y comienzan a hacer cambios importantes en términos de igualdad de género.

Seamos justas y justos con los procesos. Tenemos rectoras, tenemos directoras, tenemos jefas de departamento. Yo tengo una directora de división, tengo una jefa de departamento, tenía una jefa de área (ahora es un jefe porque ella se fue de sabático) y en mis aulas hay más mujeres que hombres. Pero si verdad miramos hacia atrás, nos damos cuenta de que las cosas no pasan de un día para otro. Yo recuerdo mi infancia en España, un mundo totalmente heteropatriarcal, masculino, que acababa de salir de una dictadura donde la mujer no tenía ni siquiera derecho a la propiedad y era todavía hija de una esposa que no era sujeto jurídico. Hoy hemos reducido los feminicidios de España a 60 mujeres al año, pero antes ni se contaban, porque eso era violencia familiar, etcétera. Por supuesto, tenemos a la ultraderecha como VOX que está intentando ganar otra vez la pelea conceptual y volver a llamarlo violencia familiar, lo que pasa de las puertas para adentro. En fin, se gana y se pierde. Pero me gusta esa idea para dejar en esta entrevista: que todo, todo, es una semilla y no sabemos al final cómo va, pero va.

Lo peor es no hacer nada, o hacer lo mismo para esperar que algo cambie por inercia de otros movimientos. Creo que todos los movimientos y acciones suman esfuerzos, por insignificantes que sean. Si no es por aquí, es por allá. Yo he tenido dos artículos que no les gustan a las feministas y está bien. Al parecer, quiero avanzar muy rápido y ya estar en otro movimiento de conciencia feminista. Difícil, pero ahí va.

No sé si quisieras comentar algo más a las personas que te leerán sobre la vida de Ivonne Vizcarra, como mujer, como académica,

Soy felizmente casada, tengo mis dos hijos e hija que no se han casado, no soy abuela. Sí es cierto que trabajamos mucho, 70 horas a la semana, y vivimos cada vez más en un sistema en el que tenemos que ser rebeldes. No puede ser que las y los intelectuales nos dejemos mangonear por los sistemas de control que nos someten a mecanismos de hipervigilancia. Hay que denunciar, y aunque ya voy de salida, aún me gustaría dejar un granito de arena. Ahora bien, para las y los jóvenes que tienen miedo de hacer algo, yo creo que es momento de moverse.

Cabe decir que no estamos en contra de los hombres. Lo peor que puede decir una mujer feminista es “por la culpa de los hombres...”. No, ya sabemos que es un sistema ideológico patriarcal dominante y que conforta mucho más a los hombres

que a las mujeres. ¿Quién no quiere que le sirvan el café? ¿Quién quiere perder su posición de privilegiado? No es una cuestión natural, sino un mecanismo de control. Pero no nos desanimemos, porque de repente el último elemento que faltaba para construir un pequeño cambio llega y no sabemos de dónde ni cómo, pero lo estábamos esperando para avanzar. Y es así como se están concretando esos pequeños cambios que al final, si ves hacia atrás, creo que llevamos las de ganar, aunque el feminicidio, la prostitución, el tráfico de niñas y niños, la migración forzada por razones de sexo-género y las violaciones no han parado y nos vuelven a embarrar en la cara que los cambios no se han dado como quisiéramos. Tenemos que estar fractalizando: insistiendo, insistiendo, insistiendo, hasta que llega el último elemento para agregarse a los que ya estaban esperando para lograr un avance.

Sumemos los gritos y gritemos cada vez más fuerte por aquellas voces silenciadas. Por ejemplo, la chica Greta grita para cambiar el cambio climático, y así hay muchas más mujeres que gritan desde sus territorios para parar cambio climático. Son mujeres jóvenes indígenas gritando en defensa de sus territorios, definiendo sus justicias. Ahora que lo vemos así, es probable que sí estemos viviendo una cuarta ola de feminismos plurales. No sé cómo se va a concretar, pero seguro a mí no me va a tocar, y espero que las generaciones futuras vayan a vivirlo. Seguro verán qué les faltó hacer. Esa siempre será una reflexión en el tiempo: qué no hicimos o qué nos faltó hacer, qué no vimos u omitimos para entonces mejorar y seguir mejorando. Es muy valiente equivocarse porque si no nos equivocamos entonces no podemos re-enderezarnos.